
SEMANARIO DE ZARAGOZA

*Del Juéves 31 de Julio
de 1800.*



HISTORIA DE LA CHINA.

Pasados algunos años hicieron ciertas correrías hasta el centro del Imperio, se apoderaron de la Capital Nanking, reducieron á cenizas el Palacio Real, y pusieron á los Chinos en precision de aceptar una paz vergonzosa, por cuyo medio se declararon súbditos y tributarios de los Tártaros.

En este mismo tiempo, ó durante esta misma Dinastía, acaeció que otros Tártaros, llamados Taniu, habitantes del Occidente en el país que se extiende desde la Provincia de Kensi hasta Tibet, y Samarcand, se unieron con los Chinos para ir contra los Tártaros Niut-che. Despues de muchos debates fuéron por fin arrojados estos últimos de las tierras que habian usurpado en el Leao-tong, y otras provincias, quedando destruido este segundo Imperio, que habia subsistido diez y siete años. Mas

bien presto se vió renacer un tercer Imperio, fundado por los Tártaros Tan-yu, quienes en premio de sus ejercicios exigieron se les permitiese establecerse en las mismas cercanías septentrionales, de donde habian expelido á los Niut-che, y no contentos con esto se extendieron por las provincias de Yun-nan, de Se-tchuen y de Hou-quang, llevando por todas partes la desolacion. Se acrecentó su poder de tal manera en ménos de medio siglo que subyugaron todo el Imperio, y por una revolucion sin igual se vió una familia extrangera y bárbara subir á ocupar el trono de los Chinos.

Añ. de Tomó esta vigésima Dinastía el nombre
J. C. de Iven. Su fundador fué Chi-tsou, cuarto
 1144to hijo de Tai-tsou, que habia fundado el tercer Imperio Tártaro de que hemos hecho ya mencion. La familia de Iven ha dado nueve Emperadores á la China que hicieron á los principios apreciable su dominacion, pero que atraidos por fin de la molicie, y entregados á las delicias del clima voluptuoso degeneraron de sus antepasados, y encontraron en los mismos Chinos subyugados un pueblo aguerrido, que les arrancó de las manos su propia conquista, y supo destronarlos. Esta Dinastía, cuya duracion fué de unos veinte y nueve años, se extinguió en la persona de Chuntí, Príncipe indolente, entregado á las mugeres, y esclavo de sus propios Ministros.

La Dinastía veinte y una, cuyo fundador fué Tai-tsou, ha permanecido doscien-

Los setenta y seis años. Las disensiones que se suscitaron en este tiempo entre los Mandarines y los Eunuco precipitaron el Imperio en muy grandes desórdenes, debilitaron la autoridad Real, animaron á los pueblos oprimidos á sacudir el yugo, y prepararon la grande revolucion que colocó por la segunda vez en el trono una familia tártara. Como ésta se puede decir que existe todavía, y como la revolucion de que hablamos es de muy poco tiempo, nos entenderemos algo mas en referir las circunstancias de este acontecimiento.

Los Tártaros Niut-che ú Orientales, que como hemos dicho habian sido expelidos del Leao-tong y de todo el Imperio, se retiraron á su antiguo pais, vecino del Leao-tong, en donde se dividiéron en siete estados ó poblaciones diferentes. Despues de haberse molestado largo tiempo unos á otros con una guerra cruel volviéron despues á reunirse baxo un mismo Xefe. Habiendo recibido algunos insultos sus mercaderes, que comerciaban en la Provincia de Leao-tong, de los mercaderes Chinos, estos Tártaros se quexaron á los Mandarines de la Provincia. Bien distantes estos de hacerles justicia, ni de escuchar sus razones, procuraron por el contrario sobrecoger á su Rey en una emboscada y le cortaron la cabeza. Irritados los Tártaros de semejante perfidia acometiéron con un fuerte ejército al pais de Leao-tong, teniendo á su frente á Tien-ming, hijo del difunto Rey, que juró sacrificar doscientos mil Chinos á los ma-

nes de su Padre. Se apoderó desde luego este Príncipe del Leao-tong y de Pe-tche-li, mas tambien en breve se vió arrojado de estas dos provincias. Estaba reservada la conquista de la China á Tsong-te, su nieto, Príncipe animoso, afable y humano, que educado secretamente entre los Chinos habia aprendido su lengua, y se habia aplicado á estudiar el genio y el carácter de este pueblo, como si hubiese previsto que un dia seria él quien les daria las leyes. Se hallaba entónces el Imperio en una de estas agitaciones violentas que preparan los grandes acontecimientos. El Emperador Hoaitshong, reynante, hombre virtuoso, pero demasiado débil; era gobernado yá por los Mandarines, yá por los Eunucos, que baxo su nombre y á su sombra cometian las mas duras vexaciones. A pesar de sus virtudes era aborrecido este Príncipe de sus Pueblos, y aun de sus mismos favoritos. La guerra continuaba todavía con los bárbaros Niut-che, y asi todas las fuerzas del Reyno estaban por aquella parte. Para colmo de las desgracias sobrevino una hambre que reduxo al pueblo á las mayores extremidades. Aprovecháronse los malcontentos de todas estas circunstancias para levantar el estandarte de la sedicion. Se formáron hasta ocho cuerpos de hombres armados, cada uno con su respectivo Xefe, que luego se reuniéron en dos, y en seguida en uno teniendo por su principal á Li; quien apoderándose de las provincias de Ho-nan, y Chensi tomó, el título de Emperador. Diri-

gióse en seguida hácia la Capital, y por medio de inteligencias secretas entró en Pekin á la frente de trescientos mil hombres. Se hallaba á la sazón el Emperador encerrado en su palacio, y era tal su indolencia que no supo la llegada de los enemigos hasta que se apoderáron de la Ciudad. Quiso este infeliz Príncipe salir á la cabeza de trescientos guardias, que era la única gente que le quedaba, mas estos lo abandonáron con una vergonzosa huida. Entónces viéndose desamparado, y sin ningun partido, se baxó al jardin de su palacio juntamente con su hija, y despues de haberla cortado la cabeza por librarla de los insultos del enemigo él se colgó de un árbol, y siguiendo su egemplo el Ministro, sus mugeres, y sus mas fieles Eunucos, se diéron la muerte.

Llegó esta fatal noticia al sitio del ejército que estaba en la Tartaria. Ou-sanguéy, que era el que mandaba las tropas, no quiso reconocer al Tirano, y este se puso en marcha con un numeroso ejército para combatirle. Se habia encerrado Ou-sanguéy en una plaza fuerte, previendo que este sitio detendria precisamente al enemigo. Li, habiéndolo asegurado al Padre de Ou-sanguéy, le hizo conducir cargado de hierros al pie de las murallas, declarando á su hijo que le haria degollar sobre la marcha si diferia un momento solo el rendirse. En este instante sacrificó Ou-sanguéy la ternura filial por el amor que debia á su patria, y su mismo Padre le exhortó á no abrir las

puertas al Tirano. En vista, pues, de semejante repulsa fué degollado el generoso anciano en presencia de su hijo.

Le era imposible al General Chino resistir por sí á todo el poder de su contrario, y así hizo las paces con los Tártaros, y aun los incitó á entrar en la idea de unirse contra el usurpador. Su Rey Tsong-té, de quien hemos hecho ya mencion, le conduxo ochocientos mil hombres, y él fué quien hizo levantar el sitio al Tirano, le persiguió hasta Pekin, y de tal modo desbarató sus gentes que el usurpador se vió precisado á refugiarse en la Provincia de Chensi, en donde acabó sus dias en la obscuridad. Todo se prosternó baxo la autoridad del Príncipe Tártaro, á quien miráron los pueblos como á su libertador. Ni tardó el célebre Ou-sanguey á arrepentirse de haberse asociado á un Príncipe tan poderoso. Decia que habia hecho venir leones para conquistar perros. Con efecto no hubo Tsong-té llegado á Pekin quando aprovechándose de su victoria, y de la feliz disposicion en que estaban los pueblos, pensó en apoderarse del trono de la China. Pero habiéndole sorprendido la muerte casi tan pronto como entró en Pekin lo único que pudo hacer fué declarar á su hijo por Emperador, que no tenia entónces sino seis años. Esta eleccion fué confirmada por los grandes, y por la multitud que no hicieron alto sobre la menor edad del hijo, en atencion á los servicios de su Padre, tomó el nombre de Chun-ci el nuevo Em-

perador, y se mira como Xefe de la Dinastía veinte y dos que creemos subsiste todavía.

Esta revolucion que acaeció en 1644 reunió al Imperio una porcion considerable de la gran Tartaria. Fué sumamente útil á los Chinos, y puede decirse que ganaron tanto como los Tártaros. Estos dos pueblos parece que tenian necesidad unos de otros. El humor fiero y belicoso de los Tártaros hizo aguerridos á los Chinos, quizá demasiado propensos á las artes pacíficas, y el comercio y comunicacion de los Chinos civilizó á los Tártaros. Hoy en dia es el Imperio mas floreciente, pues ha llegado al mayor punto de grandeza que se ha conocido despues de su fundacion. Su dominio es mas vasto que nunca, y está firmado en los mas sólidos fundamentos. Él goza de una paz profunda que hace setenta años no ha sido turbada por ninguna guerra intestina, y despues de la reunion con los Tártaros no han tenido mas enemigos que combatir, por estar cercados de naciones tributarias, que son demasiado débiles para poder oponérseles. *Se continuará.*



 CRÍTICA.

Multi ad scientiam pervenissent, si se illuc pervenisse non putassent.

Hubieran muchos llegado á ser sabios sino se imagináran ya serlo.

La máxima presente, que es de un célebre antiguo cuyo nombre se ignora, manifiesta la preocupacion que reynaba en sus tiempos, y que no faltaban cabezas llenas de ayre como en los nuestros. Mis Padres, que no eran destituidos del todo de luces naturales, tenian una inclinacion bien particular á referir sus sueños, siendo así que sabian el caton christiano corrientemente, en donde se tiene esto por un defecto. Yo no quisiera tener sino cierta gracia, que sin duda debia haberla heredado, á fin de suspender con mi narracion, como lo hacian á quantos llegaban á escucharles; porque por lo que toca á ensueños tengo una infinidad que espanta, y á ser un poco amigo de fama no hubiera dexado de imprimir una serie de ellos en buen papel y caracteres gruesos, con sus láminas y demas requisitos. Sin embargo, ciertas ideas melancólicas me han subtraido de darme á conocer por este ramo de literatura, y solo comunico el presente que es de lo mas gracioso, puesto que á otros se les ha permitido hacer lo mismo. Es de advertir que mi curiosidad es tanta que yo he de escudriñar si me ocurre la tienda de un Mercader, de un

Tendero, un Tallista, un Pintor, &c. Hay dias que confundo el ver las telas de última moda, los colores de hollin, coquiclo y de pensamiento, con los quadros de Rafael y de Jordan; porque asi como admiro la belleza que tienen estos últimos, asi me pasma la belleza de extravagancias que todos los dias inventa el capricho que en su término es original, y yo soy naturalmente inclinado á los grandes talentos.

No dexaré de confesar que he tenido mil encuentros en unas y en otras; pero por lo que hace á las telas he cedido siempre cortesmente á las damas, y me he divertido en verles dar la paga superabundante de vagatelas, cuyo mérito estribaba en no tenerlo en ninguna de sus partes, pudiéndose llamar cosas ideales é inexistentes. Ahora, si ha sucedido ver un mal quadro, y alabar á algun angelote, entónces si he callado ha sido por conocer que los tales son por lo comunes lógicos, que no admiten demonstracion; pero no he podido ménos de morderme los labios, y marcharme quanto ántes del sitio.

Solamente ayer logré la satisfaccion completa. Fui á ver un amigo, y pasamos toda la tarde, y aun parte de la noche en contemplar los mejores quadros y estampas de los mas grandes hombres que han honrado las artes. Pasábamos de una estampa de Muntaner á ver una de Audran; de estas á una de Morgen: admirábamos aquella delicadeza de buril, y aquella ternura de que el mismo colorido no es susceptible, aquella maestría que hace las cosas perfectas, y no cesábamos de volver otra vez á mirar lo que habíamos visto tantas veces.

Llena mi cabeza de quadros y estampas, y fija la imaginacion en ellas me quedé dormido, y transportado otra vez al quarto de mi amigo empiezo á observar y admirar de nuevo. Los quadros de Rivera, los de Velazquez, algunos vocetos de Bayeu entretuviéronme largo rato, y al tiempo de tomar un quadro de Murillo vemos entrar por el aposento unas quantas doncellas, cuya hermosura excedia con extremo á los primos que habíamos visto. A mí se me cayó el quadro de las manos, y mi amigo hizo pedazos un busto que tenia entre ellas.

La magestad de su ayre, su vestido talar, una secreta gracia que interesa sin que se pueda exprimir, todo nos tenia absortos, y pasando la vista de una en otra no sabia ésta dónde fixarse. Pero quando mas me sobresalté fué al observar sus rostros bañados en llanto, y un sobreliento que agitaba con mucha rapidez su pecho. Quería mover mis pasos para acabar de introducir las, pero se habia apoderado de mis pies la torpeza. Mi amigo me miraba, yo le miraba igualmente, y no sabíamos determinarnos. Por fin levantó sus hermosos ojos una de ellas, y tomándose las manos, amigo, me dixo, desconocéis lo que mas apreciáis. Reanimado un tanto pude ya dar en que eran las ciencias y las artes, y postrado precipitadamente adoré las plantas de las que causan mis delicias. Todas á una me levantaron é imprimieron un tierno ósculo sobre mi frente. Abrazaron tambien á mi amigo, y yo viéndolas en aquel estado empecé con el mayor interes á preguntarles la causa de su tristeza. Me admiró infinito, les dixe, de que el dolor os consuma, quando deberíais manifestar la mas pura alegría.

Porque ¿qué falta para completar vuestro gozo? Una larga serie de hombres están manifestando en sus obras vuestro mérito; se ven por todas partes la copia de vuestras bellezas; en la antigüedad tan decantada no habeis conseguido mejores frutos. La misma Grecia tomaria por modelo á algunos de nuestros contemporáneos sin desdeñarse de seguir sus huellas. Tuvisteis un Homero que cantó con trompa heróyca las guerras y batallas; un Aquiles, que era invulnerable; un Apolo que equivocaba la ficcion con la verdad: pero no tuvisteis mas que uno; quando en el dia contais Escritores, Guerreros y Pintores, que sin incurrir en los defectos de estos por las circunstancias reúnen mayores y mas puras bellezas.

Hubiera proseguido mi discurso á no conocer que su profundo mal pedia algun desahogo, y animándolas á ello empezó una á decirme: es verdad todo quanto habeis dicho, pero nuestra desdicha tiene un origen mas funesto. La torpe ignorancia, que siempre devorada de zelos ha alimentado contra nosotras un inmortal rencor en sus entrañas, no contenta con llenarnos de improprios é injurias, y de publicar por todas partes mil ficciones, engreida con la multitud de sus sequaces, ha acabado de perfeccionar su obra con una intriga hija legítima de sus insensatos furors. Ha tenido la vil osadía de despojar de sus arreos á la misma hija de Júpiter, de abrazar su rodela, ciñendo su pecho con la cota, y su cabeza con el yelmo, y constituirse la diosa de la sabiduría soplando la inchazon en los débiles corazones, y haciéndolos creer sabios estando muy distantes de serlo. Aun mas: preocupada en favor suyo se ha constituido en xefe,

decidiendo de las obras y escritos á su arbitrio con un tono tan imperioso que quita toda apelacion y recurso. Una vez aplaude la mal forxada estatua de uno que ignora hasta los principios; otra levanta hasta las nubes los versos de un poeta que no sabe él mismo definir lo que ha hecho; llama excelentes los Dramas que no encierran sino mil dislates, y aun convoca á aplaudirlos, y bate sus palmas: si alguien intenta oponérsele le mira con ojos fruncidos, y con un. Qué se entiende V. de eso cierra la boca á todo discurso. Armada de cien lenguas va publicando por todas partes sus locuras, y no dexa Escuela ni Liceo en donde no sople el inficionando ayre de las opiniones, sosteniendo á toda costa que es lo mejor lo que ella dice. Llama sabios á los que imitan su loquacidad, y aun vierten un secreto licor en sus lenguas para que puedan hablar eternamente en favor de sus caprichos. Estos habladores nos han quitado nuestro imperio, nos han arrebatado el mandó, y para que fuese mayor su triunfo nos han colocado á veces junto á sus producciones, terribles monstruos que ellos llaman divinidades. Nos han abatido enteramente, y todos los dias vemos coronar las cabezas, y dar el premio á los mas insensatos.

Tomaba tanto interes ya en quanto decian que encendido el rostro, y como fuera de mí mismo, empecé á fulminar, y encolerizarme de tal modo que me disperté, y me ví en medio del quarto accionando con el mayor ahínco, y gritando terriblemente. Se asustó mi criado, y levantándose pensó que me volvía loco. No pude ménos de reirme, y mucho mas por haberme figurado que por mucho que gritase serian vanos

mis clamores, por ser ya estos males tan envejecidos que no admiten remedio. Me acordé luego de tantos como habian gritado hasta mis dias; y como tengo una fantasía vivísima, y por lo tanto fácil de transportarse, creí oír todas sus voces, y me tapé los oídos diciéndoles, que sabia que habian declamado, y tambien que habian incurrido en los mismos defectos: que tenían muchísima razon, pero que jamas finalizaria la generacion de los sabios ignorantes.

 POESÍA.

Silva.

¿^To ves mi rostro todo entristecido,
 Y mis pálidos ojos que llorosos
 Te contemplan? Pues sabe que gozosos
 En el fuego encendidos
 De su amor engañados se creyeron. =
 A fuerza de pensar en mi ventura
 Mis párpados cediéron,
 Y Cupido cerrólos con sus manos.
 Junto á mi se durmió, y en dulce sueño
 Me colmó de placer y de ventura.
 Escúchale mi bien. = Con árduo empeño
 Los dos por la floresta caminando
 Los brazos enlazados fuertemente
 Íbamos dulcemente
 Nuestras dichas contando,
 Y el zéfiro que ondeaba tus cabellos
 Meciéndose mis labios refrescaba,
 Y los tuyos á par nuestro almo seno,

Que todo ardiendo en excesiva llama
Mas no podía : y ámbos espirantes
En lánguido mirar , con pasos lentos,
Y tal vez titubeantes,
Hollábamos las flores,
Los lirios macilentos,
Y la violeta que en olor fragante
Adorna la campiña
Nuestros tiernos amores
Imperiosos entónces suspendieron
A la naturaleza.
Tu voz , tu dulce voz rompe el silencio,
Y llena de terneza
Me dixiste : *allí , mi amor , podemos*
Tomar reposo , allí descansaremos
A la sombra.—¡Ah cómo me enterneco
Este solo recuerdo! Me parece
Ver aquel mismo sitio en este instante.
Un terron , que sin duda de cabaña
Sirvió á algun infeliz , todo cubierto
De hermosa yedra diónos aguarida,
Y dé un viejo nogal los anchos ramos
De dosel nos sirviéron.
En la yerba mullida
Aun tiempo nos sentamos,
Y los bellos Cupidos que siguiéron
Nuestros pasos en juegos divertidos,
Y en luchas , por allí se entretenian.
Ora el nido cogian
De tiernos paxarillos,
Y á su madre tambien , que nunca pudo
El que ama libertarse ni partirse,
Ni un punto desunirse
De su obgeto , y asi en duras cadenas
Siente ménos si siente aun tiempo mismo

De sus hijas las penas.
Ora entre sí probaban
Sus dardos en flechar á los pichones,
Cuyo albo cuello erguido
Presenta mil cambiantes,
Y que en arrullos tiernos resentidos
De sus caras amantes
Rinden con suavidad los corazones.
Nosotros ¡ah! nosotros embriagados
Más y más en mirarnos
Llegamos á extasiarnos,
Y en ayes dulces te inclinaste leda
Sobre mí, y tu rostro al mio uniste.
Yo entónces que amoroso
Mi brazo sobre tu hombro sostenia
Te estreché, y tú imprimiste
Tus labios en mis cándidas mexillas,
Y yo los míos ya perdido el seso
Sobre tus albas pomas ofrecia
En señal de mi fe, y allí juraba
Mi constancia, y en ellas sufocaba
Un millon de placeres que mi pecho
Venturoso encontró. Tal entusiasmo
Reynó en nosotros que en gozar eterno
Estubiéramos siempre, si unas voces
Que sentimos no ahogáran nuestro gozo.
Sí, á tí se dirigian,
Y como sufocadas repetian:
*¡Cruel! ¡ah cruel! en donde
Tu fe ya prometida.....*
Temblé ¡ay! temblé, y al ir á desasirme
De tus brazos, que el alma ántes partiera
De mi cuerpo, despierto pavoroso,
Miro por todas partes ¿quién creyera
Fuera todo ilusion? Allí mi lecho,

Mi mismo lecho , mi aposento mismo,
Y yo sin tí , sin tí Melisa amable....
¡Ay qué dolor! = Lo mas duro y sensible
Es que jamas veremos realizados
Tan gratos sentimientos,
Y que en duros tormentos
Los dos seremos siempre desdichados.

C. D. O. P.



AVISO.

En la Librería de Ruiz , Plaza de la Seo ; en la de José Lacasa , frente de los Esculapios ; y en el Despacho Principal de este Periódico , se vende la Tercera Parte del Acto de Contrición á quatro quartos cada una.



ZARAGOZA:

EN LA OFICINA DE MEDARDO HERAS,
donde se hallará.